

La isla Tierra Tierra

Gonzalo Rodas Sarmiento

Novena parte: Los desordenados

Hernando

Club

Me llamo Hernando, igual que mi abuelo y mi tatarabuelo.

Hoy ha sido un gran día para mí, porque entré al Club de los Revoltosos. Desde el año pasado quería meterme en esto, pero exigen tener diez años cumplidos, y eso recién lo logré ayer.

Al despertar esta mañana quedé por un rato en onda delta, dentro de una especie de música, imaginando que estaba en el futuro, y descubría el misterio de los números. Debido a eso, me fueron a dejar al colegio más tarde que lo habitual, y entré a la sala cuando ya estaban compartiendo.

Durante Matemáticas le conté a Miguel lo que quiero descubrir. Él es como un balazo. Nos enseña las fracciones al grupo en que yo estoy. Gracias a Miguel pude aprender eso del Común Denominador.

La pizarra que tenemos es muy especial. Al llegar a la clase se la ve en blanco, limpia, vacía. El profesor explica y cuando necesita escribir algo, ya lo tenía preparado desde antes, igual como ocurría, tiempo atrás, con las transparencias. Toma el borrador, o lo que parece serlo, y lo pasa por la pizarra. Entonces se revela la materia. Sólo se logra escribir así con ese desborrador programable. También hay borradores, propiamente dichos, en los bordes de la pizarra. El que borra líneas y el que borra columnas.

A la vuelta del recreo fuimos a Música. En la orquesta que somos, yo toco la batería. La alumna directora es Amanda, pues tiene una gran facilidad para escuchar cada instrumento. Ella entró al Club de los Revoltosos la semana pasada. Cuando pasó el profesor nos dijo que a fin de año vamos a grabar un holograma, si es que seguimos progresando.

En la hora de Naturaleza fuimos al parque con la profesora, a disfrutar del otoño. Tuvimos que registrar cada uno de los colores de los árboles, para lo cual llevé mis lápices. Después, en la sala, dibujamos lo que vimos.

Finalmente, clase de Historia, en otra sala, en la que están los ordenadores. Se nos dio media hora para investigar lo más característico que haya tenido lugar en la isla a principios del siglo actual. Mañana tendremos que representarlo con pura mímica. Ya se me ocurrirá algo.

Un ermitaño

Mientras fui niño, jamás dije "Cuando sea grande quiero ser ermitaño". Sin embargo, aquí estoy en mi ermita, tratando de descifrar por qué el mañana es distinto del ayer. Llegué a este lugar en un intento desesperado de cumplir con un plan original que me costó muchos años descubrir. Cada paso que he dado en mi vida me ha traído hasta acá.

En mis comienzos, me bastaba esperar el reconocimiento a mi labor, y éste llegaba con puntualidad. Eso no duró para siempre. Por el contrario, no sólo empezó a ser escaso sino que ficticio. Para éxitos más altos, éstos ya no estaban dados por los méritos sino por otras consideraciones, algunas superficiales, otras malignas.

Movimientos sísmicos se produjeron, y poco a poco fueron rompiendo las señales que me indicaban el camino. Ya no sabía dónde ir. Los destinos dejaron de ser importantes, pero yo seguí siendo un buscador. Disfruto los senderos de búsqueda, me lleven para donde me lleven. Me gusta caminar por esas vías, aunque esté oscuro. Por eso llevo mi linterna y mi bastón.

Sigo caminos que han andado muchos, y me gustaría no ser el último. Cuando encuentro un caminante sigo un trecho con esa persona, hasta que en alguna encrucijada debemos despedirnos.

La ciudad nueva

Ayer bebí agua de un arroyo dudoso. Ya sé que no debí hacerlo, pero tenía una sed salvaje. Por supuesto, me hizo mal al estómago, y ahora me duele tanto, que me arrepiento de haber sido tan osado. O quizás tendría que decir "tan débil", lo cual hace que me duela también el alma.

Decidí ir a la Oficina de Reparación de Estados de Ánimo, aunque apenas puedo caminar. Iba con lentitud, pensando que ya llegaría, y esperaba pasar a otro ánimo más alto. También escuchaba a mi estómago, y lo sigo haciendo. Ese dolor es capaz de hablar. Gracias a él empiezo a entenderme un poco más.

Hasta ahora, siempre había considerado que los malos síntomas son mis enemigos. Pero, no lo son. Vienen a darme un mensaje que no me agrada. Sin embargo, el sólo hecho de que me lo den, ya es algo bueno.

Este diálogo es provechoso. Me conecta con aspectos esenciales. Entre otras cosas, aprendo que el agua que empezó a fluir muy pura y se fue contaminando por el camino, se parece al flujo de la energía que hay en mí, viniendo una y otra vez.

Acabo de llegar, finalmente, a la Oficina ésa. Entré, y no había nadie atendiendo. Sólo vi un letrero que decía "Autoservicio".

Me senté, me volví a parar, caminé unos pocos pasos, me senté de nuevo. Seguí conversando con la parte adolorida de mi cuerpo.

"Quiero limpiar ese flujo", me dije.

"Basta con querer limpiarlo, y ya; así se limpia", fue la respuesta que me pareció escuchar.

¿Lo creeré realmente? Es lo mejor que puedo hacer. Entonces, hay algo positivo en ese flujo contaminado.

Se me pasó un poco el dolor. Ya estoy mejor. Salgo de la Ofician de Reparación de Estados de Ánimo, y llego de vuelta a la ciudad. Ésa que antes era horrible, de la cual quería arrancar, ahora está distinta. Es una ciudad nueva. Con bellas calles y casas, y puertas, y plazas. Las personas que encuentro son maestros y maestras. Entablo diálogos afectuosos con esas personas.

En la plaza hay una fuente de agua viva. La bebo. Una princesa danza en la plaza.

Dentro de un gran relato

Soy un personaje de uno de los siete mil relatos que Dios está escribiendo. Él descubre, día a día, cómo vivo en su mente. De cualquier manera, hay rasgos divinos encerrados dentro de mí.

Amanda

Interpretar

Aquella vez, subí un pequeño escalón para acceder a la máquina de consultas.

-Buenos días, señorita Amanda, ¿qué desea consultar? -me habló una voz misteriosa, envasada dentro de la máquina.

-Mi saldo en el banco -contesté, tratando de modular bien.

Entonces apareció un mensaje de error en la pantalla. Y la misma voz de antes me dijo:

-Usted está con zapatillas marca "Ciruela". Para poder continuar con la consulta, deberá adquirir zapatillas marca "Natrón".

Contrariada, me bajé de esa estupidez, mientras pensaba en la fastidiosa ausencia que había experimentado. Importantes son las oscuridades porque tienen la gran gracia de hacerme añorar la luz. Fue así como descubrí la divinidad. Simplemente, al notar su ausencia, ya sé qué es lo que tengo que salir a buscar... Como los huevitos de chocolate, el día de la resurrección.

Y ya que estaba recordando mi niñez, seguí en eso... Yo tenía un hermano chico, y una vez lo tuve que esconder para protegerlo de los malos. Después, no me acordaba dónde lo puse. El pobre chico vivió años hibernando, listo para salir a desempeñar su rol de niño, hasta que finalmente pudo hacerlo.

En ese tiempo, yo entendía el lenguaje de los bebés. Y actué de intérprete, hasta que crecí un poco más, y se me olvidó esa lengua. Entonces pude entrar a mi época de vigencia.

Imagen de Dios

Ocurrió en una Facultad de Teología. Terminando el verano, acudí y, después de presentarme, pregunté por la carrera de Teología Esencial, pues me la habían recomendado. Quise saber si acaso ahí me iban a sacar de la duda de si el Espíritu Santo procede del Padre, o del Hijo, o de ambos, o de ninguno.

-No, señorita Amanda -me respondieron-, ese tema se ve en otra carrera, que es Teología Multilateral.

-¿Y si acaso en Dios hay solamente tres personas?

-Eso también se ve en Multilateral, pero en el primer año. Después en el segundo y tercero se amplía bastante la percepción de las Invocaciones.

-¿Y me van a enseñar que Dios es un ser muy poderoso y vengativo?

-No, señorita. Eso es en Teología Antropomórfica.

-¿Y llegaré a saber si acaso Dios se enoja? -pregunté, recordando eso de la ira divina.

-No, eso también es en Teología Antropomórfica.

-¿Y me enseñarán que Dios me está mirando y puede castigarme?

-No, eso también es en Antropomórfica.

-¿Y hay algún prospecto, u hojita con el Plan de Estudios de Teología Esencial?

-No, señorita. Lo siento, pero no hay.

Me matriculé, y una semana después ya estaba asistiendo a clases. En la primera de éstas ocurrió algo misterioso. Estábamos los alumnos en la sala, y aún no llegaba el profesor. Súbitamente se apagó la luz, y quedó todo a oscuras. Nos sorprendimos mucho. Al poco rato volvió la luz, y ya estaba ahí el profesor. De muy buen ánimo, nos habló de lo que Dios ocultó a los sabios y enseñó a los pequeñitos.

Una vez al año hay una exposición de los dibujos realizados por los alumnos. El tema es "Dibujar a Dios". Este año se produjeron varias ilustraciones del tipo Hoja en Blanco, no porque esos alumnos no hayan sido capaces, sino porque no se sintieron aptos para comprender algo tan grandioso. Sin embargo, sus escuálidos dibujos no enseñan nada, o sea no aportan a los demás. La idea, tal como explicó el profesor, es que los trabajos enseñen una visión parcial que formará parte del conjunto infinito de visiones parciales. Se espera que en el último año se complete, quizás si alguna vez. Cada alumno debe aportar algo. Ése es el objetivo del curso.

Se ven también otras figuras diferentes. Muchos dibujaron a Jesús, en distintas instancias, Crucificado, Resucitado, Maestro, Niño, etc. También hay collages. Y un sobre con pedazos, ya que ese dibujo resultó así. Y hay pentagramas, algunos con notas musicales, otros sin notas pero con llaves de sol. Hay círculos, triángulos, una gran variedad de figuras aprendidas antes, en el tiempo del colegio. Yo opté por dibujar un Cristo Mujer, representando la Segunda Venida.

-Por armonía -expliqué a los curiosos que preguntaban, pues si Dios se vuelve a encarnar en un ser humano, supongo que lo hará en una mujer.

Lo que aprendí en este curso es que a Dios no lo podemos envasar. Nunca terminaremos de entenderlo. Cada alumno viene a aportar y recibirse de los demás. El profesor es sólo un animador. También se enseña que en un pueblo remoto mandaban a la hoguera a los que tenían una percepción distinta a la del jefe.

-¡Qué primitivo! -pensé.

Llamada telefónica

Sonó el teléfono, y corrí desde el archivo para atender.

-¡Aló! ¿Puedo hablar con el señor Aristizábal? -dijo la voz.

-El señor Aristizábal está en una reunión -mentí, de acuerdo a las instrucciones que había recibido-. ¿Quién lo llama?

-Dios.

-Señor, póngase serio, por favor.

-Sí. Soy Dios. Dígaselo al señor Aristizábal, y estoy seguro que él interrumpirá su reunión para atenderme.

-Estuve a punto de responder con un improperio, y cortar. Sin embargo, no me animaba porque pensé que podría tratarse de algún bromista. Pero..., uno importante, como podría ser, por ejemplo, el gerente de alguna empresa. Así que decidí seguirle la corriente, y le dije, en tono de humor:

-Espéreme un momentito, señor Dios.

Me dirigí a la oficina del señor Aristizábal, y le dije que tenía esa extraña llamada. Él trató de resistirse un poco, porque no le parecía que fuera una cosa seria. Le pregunté si acaso me autorizaba para decirle al tipo que no molestara más. Mi jefe recapacitó. También sospechó que pudiera tratarse de un bromista importante.

-Yo le diré unas cuantas cosas a ese caballero -me dijo-. Pásemelo.

Volví a mi puesto y tras pasé la llamada. Contrariamente a lo esperado, conversaron por largo rato. Al principio, escuché unas carcajadas de mi jefe. Entonces, ¿se estaba confirmando la sospecha...?

Sin embargo, después de algunos minutos sentí como si él llorara, así como con hipo. Aún no había cortado la comunicación.

Miguel

El descubridor de caminos nuevos

Hace unos años me gradué en la Universidad de Tranquilandia, obteniendo el título de Descubridor de Caminos Nuevos. Es un nombre pomposo y redundante, pero eso no me importa. En cuanto tuve el cartón en mis manos intenté poner una oficina en el centro de la capital de Tranquilandia, pero desistí ya que mi trabajo lo tengo que llevar a cabo en terreno.

Tras varios años de búsqueda, esta mañana vi un puente que nunca antes había visto. Tal vez por su aspecto, quedé convencido de que ninguna persona lo había cruzado en mucho tiempo. No sé por qué obtuve esa conclusión gratuita, sólo porque así lo deseaba. No es un gran puente. Por el contrario, se trata de una construcción precaria, de tipo colgante, a varios metros por sobre el caudal de un río vertiginoso.

Llegué hasta el borde mismo del Panteris, un río hermosísimo como ninguno, cuya agua fluye cristalina hacia el lago, y al golpear las piedras se va construyendo una

melodía. El caudal forma torbellinos que le dan una forma especial al caminar de un agua tan transparente que deja ver todo lo que hay en el fondo.

No andaba trayendo la cámara fotográfica, ni menos una grabadora en que llevar a mi casa algo de este río para mostrárselo a mis hijos. Y aunque tuviera esos elementos, no me estaría llevando el río, sino tan solo una disminuida imagen.

Sentí la tentación de tomar en mis manos una botella vacía, y llenarla con agua del Panteris, y al llegar a casa reunir a mis hijos para mostrarles la botella, que a esa hora ya estaría tibia. No tendría sentido porque esa porción de agua habría dejado de pertenecer al río.

Me armé de valor y me apresté para cruzar el puente, si es que se le puede llamar así. Puse mi primer zapato sobre él. Me pareció que faltaba poco para que la estructura colapsara. Sin embargo, siguió en pie, y eso me animó a continuar entrando en el puente. Más que nada porque recordé el primer camino que descubrí, mucho tiempo atrás. Aquél era un simple sendero, muy angosto, en el borde de una quebrada.

Lo que había ocurrido en aquella oportunidad es que no me animé a recorrer la senda sin haberla inscrito previamente, y por lo tanto me apresuré en volver a la ciudad, y esperé que abriera la Oficina de Registros Viales. Ahí viví mi primera frustración de principiante, pues no me permitieron efectuar la inscripción. Para mi vergüenza, me mostraron un antiguo libro de requisitos que, curiosamente, nunca me habían mencionado en mi época de estudiante. La cláusula principal decía: "Descubridor de un camino no es el primero que lo ve, sino el primero que lo anda".

Bueno, el caso es que ahora tenía que entrar en este puente, fuera como fuera. El crujido de las tablas que iba pisando, me hablaba. Me preguntaba si quiero saber qué hay al otro lado. Le respondí que no me lo dijera, así no me echaría a perder el descubrimiento.

Me gusta descubrir caminos nuevos. Aquellos por los que tengo que andar. Por los que todos tenemos que andar. Y me agrada mostrar el camino. Lo que más me cuesta es atreverme a andarlo yo primero.

Después de bastante rato llegué a la mitad. Parecía mentira haber avanzado sin precipitarme al vacío. Es ahora que empezaba lo difícil. La estructura bailaba de un lado a otro, mientras la baranda parecía que se fuera a salir. Para peor, esa segunda mitad está en subida.

Para ayudarme a escalar el puente, me dije que después inscribiría mi descubrimiento. No como en aquella primera ocasión, la de ese famoso sendero, que fue transitado por alguien, sirviéndose de mi perspicacia. Además, esa persona se había precipitado sobre la Oficina de Registros Viales, y ya la tenía a su nombre, y ahora estaba construyendo una pequeña plaza de peaje. Desde entonces he tenido más cuidado.

Me estaba mareando cuando llegué al final del puente y salí hacia tierra firme usando toda la agilidad que pude. Fue un gran alivio. Ya podía ir a registrar el puente. Pero, no. Antes necesitaba cruzarlo de nuevo, en sentido contrario. Y antes que eso, reconocer el entorno al que había llegado.

Ví una casa sobre un enorme peñón, al borde del precipicio. No quisiera vivir allí, pero sí, visitar a los habitantes de esa casa. Entre otras cosas, preguntarles dónde se abastecen. Sigo creyendo que hay todo un mundo allí en ese otro lado.

Intenté ver por donde llegar a esa casa. Después de varias idas y venidas alrededor del peñón, pude concluir que no hay camino ni por donde construirlo. Tampoco se veía andarivel ni ascensor.

Decidí esperar un rato, a ver si alguien bajaba desde la casa. Hice señas, y hasta di unos gritos a todo volumen. No hubo reacción. Estuve horas imaginando cómo subir. Cuando empezó a ponerse el sol volví a cruzar el puente en sentido inverso, con mucha rapidez, antes de que se oscureciera. Ya podría investigar la casa del peñón en otra oportunidad.

Después de unos días que dediqué a los trámites de inscripción, volví al lugar, pero esta vez traje elementos para escalar cerros abruptos. Sólo los primeros metros de subida fueron difíciles. después de ello llegué a una zona más acogedora y vi, no lejos de ahí, un sendero por el cual pude caminar hasta arriba, donde está la casa.

Golpeé la puerta, y también toqué la pequeña campana que vi un poco escondida. Era una casa abandonada. Una de sus ventanas estaba abierta, y por ahí entré. Recorrí las habitaciones vacías y los pasillos lúgubres, y no encontré más vida que un estante de libros antiguos. Mientras repasaba los títulos y autores registrados en los lomos, escuché que sonó una campana.

-¡Qué extraño! -dije en voz alta, como si hubiera alguien conmigo.

Fui a abrir la puerta. Los goznes crujieron. No había nadie en la entrada, ni cerca tampoco. Volví a los libros. Tomé algunos en mis manos, les sacudí el polvo. Sus páginas estaban oscuras y quebradizas, quemadas por el tiempo. Comprendí que esos libros eran un llamado a no perder la sabiduría.

Cuando iba caminando de vuelta hacia la puerta, sentí de nuevo la campana. Esta vez llegué al instante hasta el umbral de entrada, pero no vi a nadie.

No había viento. ¿Por qué sonaba sola la campana? Eso estaba quedando como misterio sin resolver, pero... si yo había estudiado tantos años en la Universidad, no podía claudicar así no más. Ya que alguna tenue vida quedaba en el entorno, quise intentar descubrirla.

Se me ocurrió que podía buscar alguna tumba o algo similar. Recorrí toda la parte alta del peñón, y no encontré ninguna señal de nada. O más bien..., casi nada.

Había un matorral que tenía botones, incluso habían brotado ya unas pocas flores. Y eso era demasiado extraño. Volví a ese sector, llevando la herramienta de escalar que yo había traído. Con ella escarbé el suelo alrededor de las flores. Como a veinte centímetros de profundidad apareció una cosa que parecía un pequeño hueso como punta de dedo. Limpié con cuidado, y surgió otro de esos dedos, y después, casi toda una mano esquelética.

Dejé mi trabajo hasta ahí. Al día siguiente, inscribí la pista descubierta, y volví con unos policías. Mi trabajo estaba cumplido. El de ellos, recién comenzaba.

Mis búsquedas

La mañana estaba agradable porque se sentía una brisa fresca. Yo estaba sentado en un escaño de la plaza, pensando en todas esas búsquedas que siempre tengo en algún rincón de mi cabeza.

Había más personas por ahí cerca, sentadas también, pensando en sus propias inquietudes. Una mujer atractiva, de lentes oscuros, parecía estar muy preocupada. Yo

estaba esperando solamente que el reloj avanzara un poco más. Nunca supe si los demás aguardaban lo mismo u otra cosa, o quizás a alguien. De hecho, se acercó un tipo amistoso. Los que estábamos ahí nos interesamos en escucharlo, y algunos hasta le hablaron y se pusieron a planear encuentros futuros. A mí me pareció un exceso de confianza, por tratarse de una persona desconocida.

La mujer de las gafas le adelantó dinero. Allá ella..., quizás soy yo muy desconfiado, pero habría preferido conocer un poco más al interlocutor, antes de algo así.

Después de que el hombre se había ido, empezó a surgir poco a poco una desconfianza generalizada. Claro, con la cabeza más fría... ya se le podía ver el aspecto de impostor. La gente prefirió irse. Yo, en cambio, seguí esperando al reloj.

En cuanto fue mi hora, me levanté y me puse a caminar. Vi que se acercaba una mujer agradable. Era la misma que estuvo antes en la plaza. La saludé, como si la hubiera conocido de siempre. La verdad es que no la había visto nunca antes de ese día. Le hablé. Me habló. Cambié mi rumbo y seguí caminando junto a ella. No le mencioné eso del dinero y del impostor. ¿Para qué? No ayudaba en nada. En cambio, gracias a esa situación me atreví a contarle algo mío, muy íntimo, relacionado con mis sentimientos. La escuché en sus reflejos. Le dije qué es lo que me mueve en la vida..., lo que busco.

Supe que ella me podía ayudar en eso. De hecho, pudo. Me dijo dónde estaba la respuesta a mis inquietudes. Es un lugar profundo, en el campo, saliendo del pueblo. Me dio todas las señas y se despidió de mí con la misma sencillez con que habíamos entablado la amistad. Se fue con tanta prisa, que no atiné a hacer algo por conservar el contacto.

Me armé de valor y acudí a ese lugar profundo que ella me dijo. Al llegar vi una pequeña entrada. Era como una caverna. Entré en ella y bajé unos escalones. Pronto empecé a ver colores luminosos. Era una hermosura. Ahí dentro no estaba el tiempo. El aire era una caricia. Respiré ese aire, me dejé llenar de él. El poder del silencio estuvo en que pude escuchar mi intuición. Pensé en esa mujer que me regaló esa fuente de conocimiento. Le agradecí en mi interior, y le envié mi amor.

Mientras iba subiendo a la superficie, me prometí que volvería. Desde esa vez, empecé a aprender a funcionar como un maestro, desde mi ser. Me di cuenta de que mi tarea para esta vida está inscrita en mí desde antes de nacer. Expresada en términos de eternidad, en lenguaje permanente. No es fácil ni inmediato trasladarla al lenguaje cotidiano. Es algo tan desconocido como añorado.

Me aventuré en ese lugar como prohibido que tengo dentro, y me pareció que la sabiduría había llegado a mí. Eso me puso muy contento. Sentí como si el mundo estuviera en mis manos. Me dediqué a enseñar, y no he podido evitar que el orgullo me invada. De tanto saber me he puesto arrogante. Ni siquiera consideré necesario volver algún día a la fuente del conocimiento.

Esto ya no me está gustando tanto. Es como haber vendido lo más valioso que tenía. Y haberme quedado sin nada. Ni para disfrutar ni para dar.

Caminando por el campo, he llegado a un lugar en que antes había un río ancho y caudaloso. Ya no tiene ni una gota de agua. Misteriosamente se secó. Veo un barco, encallado en ese lecho seco, sin poder avanzar. La sequedad lo pilló en plena travesía. Los marineros lloran en la cubierta. Es tan triste, que me vuelvo hacia mi casa. Voy

recordando escenas de perdón de Jesús. La mujer pecadora, el ladrón crucificado junto a él.

Llego a casa. Al poco rato, Jesús llama a la puerta.

Jesús enfermo

Yo andaba recorriendo los pasillos de un hospital, buscando dónde estaría la pieza de Jesús. Era uno de los tres pacientes del doctor. Llegué al tercer piso y leí el papel pegado en una de las puertas. Comprobé que ésta no era la de Jesús. Y en la segunda, se anunciaba a otro paciente. Finalmente, en la tercera pieza, el letrado decía "Jesús de Nazaret".

Los tres pacientes habían aparecido en un aviso de un diario. Yo quería entrar a la pieza de Jesús, pero los que me acompañaban se estaban quedando atrás, con una pareja de amigos. Los insté a apurarse, pues venían más personas a ver al enfermo. Efectivamente, otros visitantes lograron entrar antes que nosotros. Tuvimos que esperar en la fila, en primer lugar, eso sí. Aunque nadie nos dijo que no podían entrar muchos a la vez, lo consideré obvio, y actué de acuerdo a eso.

En ese rato, me maravillé de que Jesús pudiera estar vivo aún, después de dos mil años. Muy enfermito, pero vivo. Quizás sería una de las últimas posibilidades de verlo con vida. Seguía llegando gente a la fila. También se presentó una extraña dama joven. No se veía su cabeza, pues tenía una pantalla de lámpara, puesta como sombrero. No tenía rostro visible, y empecé a imaginar lúdicamente que éste sería como una ampolleta. Me distraje tratando de entenderla. Y me dije "Tendrá que encenderse en algún momento y alumbrarnos a todos".

Tanto me descuidé, que no me di cuenta cómo unas ancianas me quitaban el primer lugar de la fila. Ya estaba como cuarto o quinto. La puerta de entrada era muy angosta. Algo se alcanzaba a ver hacia dentro de la pieza. Principalmente, se veía una gran caja registradora, de ésas para manejar ingresos de dinero. Es que, en realidad, esto era una atracción turística. Me pregunté si a Jesús le haría bien todo esto. En eso estaba, cuando ya pude entrar a la habitación, junto a un grupo pequeño de visitantes. Jesús sonreía y hablaba con sabiduría, y también con sentido del humor.

Muy cerca de su mano, en su antebrazo, estaba llegando el tubo que contenía el suero glucosado. El semblante de Jesús estaba lleno de vida. Me quedó claro que no va a morir tan pronto. Conversamos animadamente, hasta que un enfermero vestido de púrpura me dijo que ya debía retirarme, pues el enfermo no tiene que cansarse.

-No quiero seguir siendo turístico -me dijo Jesús cuando me despedí-. Por favor ¿puedes sacar todos esos elementos mercantiles?

Recordé la escena de los mercaderes en el templo, y me sentí con la difícil tarea de reproducir aquella antigua situación.

Mientras yo salía de la pieza, iba entrando la mujer de luz. El enfermero le advirtió que no era conveniente que se encendiera.

Volví a la planta baja, pensando cómo tendría que cumplir la misión encomendada.

En busca del reino

Estábamos, con Hernando y Amanda, listos para iniciar nuestra expedición. Saldríamos a buscar el reino, y para eso traje un mapa, y también la llave que iba a necesitar. Me la dio mi madre cuando yo era pequeño. Más bien dicho, me la cosió dentro del bolsillo de mi chaqueta, para que yo no la perdiera.

Cuando ya estábamos por empezar a caminar, Hernando me dijo que él también tiene una carta geográfica. Comparamos nuestras hojas, y así vimos que son muy distintos.

-Lo podemos resolver, Miguel -me dijo Amanda-, pues yo también tengo un mapa.

Lo extendió para ver cuál es el correcto. Fue una lamentable decepción ver que los tres mapas son distintos.

-¡Ah! Pero, yo tengo la llave -exclamé con actitud de triunfo-, que mi madre me ayudó a cuidar durante todos estos años.

No me duró mucho el optimismo. Tanto Amanda como Hernando sacaron sendas llaves y me las mostraron, desafiantes.

-Me la dio mi mamá, hace muchos años -dijeron a coro, como si hubieran estado de acuerdo.

Decidimos intentar cada uno su propia búsqueda, y juntarnos después para el viaje definitivo.

Antes de salir, agradecemos al cielo por el futuro que, con toda seguridad, nos deparaba.

Partí por mi camino, siguiendo las indicaciones de mi mapa, y llegué a una construcción. Como creí que estaban haciendo una casa para que habitara alguna familia, me puse a preguntar cosas:

-¿Hay un cuarto oscuro?

-No, no hay.

-¿Y dónde se supone que las personas guardarán lo inservible?

Me miraron con extrañeza.

-¿Vendrá un Pacificador Habitacional? -seguí preguntando.

-¿Qué es eso?

-Es una persona muy necesaria, que tendría que venir cuando la casa esté lista. La recorrerá, aprendiéndose hasta el último rincón, y todo el funcionamiento de cada cortina, cada trozo de suelo, cada evento, cada persona de la casa, o visitante eventual. Y entregará un informe para mejorar la vida en la casa.

-Lo que pasa es que no estamos construyendo una casa.

-¿Y qué es, entonces?

-Un templo.

-¡Ah! Me gustaría trabajar aquí -dije-, pues supuse que estaba bien encaminado.

-Muy bien. Eso sí..., acá no necesitamos arquitectos sino obreros.

Me pasaron una carretilla para acarrear los ladrillos. Esa fue mi actividad en la construcción de ese templo.

Me quedé pocos días, y me retiré de ahí porque comprendí que el reino que buscaba es algo diferente.

Como un kilómetro más allá había un río. Hombres y mujeres estaban envasando agua sacada del río, y le ponían unas hermosas etiquetas que habían costado carísimas. En ellas se leía, con letras grandes y adornadas, "Agua Viva".

-¿Realmente, este río es de agua viva? -pregunté.

-Sí. Lo es. ¿Quiere comprar una botellita?

-No, muchas gracias -respondí con desconfianza.

-Le advierto que la gente hasta se pelea por esta agua viva en los supermercados.

Me despedí de ellos y caminé bordeando el río hacia arriba, para encontrar la fuente. Así, llegaría a estar cerca del reino.

Por el camino vi, a lo lejos, un hombre que parecía haber desenterrado un tesoro.

Definitivamente, ya estaba cerca, y eso se me confirmó al ver llegar a Amanda. Y también a Hernando, por otro camino. Nos saludamos muy contentos, y les conté mi aventura.

También ellos hablaron de lo que habían vivido.

-Me costó darme permiso para ser la primera en andar por ese camino -contó Amanda.

-Me seguía una mariposa -agregó-, y yo trataba de tomarla en mi mano. Cuando me cansé de intentarlo, la mariposa se posó en mí.

-Encontré también una fruta maravillosa -siguió contando Amanda-. La gente se comía la pura cáscara. Tuve que enseñarles que lo principal no es la cáscara sino lo de adentro.

-Vi una persona que vendía espejos nuevos para mirarse -continuó-. No me interesé por comprar.

-Lo que a mí me habría encantado adquirir -dijo Hernando- fue un arco iris, y también una puesta de sol... Claro, es algo absolutamente imposible.

De repente perdía el camino -explicó Hernando-, pero siempre pude encontrarlo de nuevo.

Vi gente -continuó diciendo Hernando- que va en contra de lo que no comprende. Yo les preguntaba por el reino. Muchos buscan un presunto reino del cual puedan obtener algún provecho concreto.

-Me llevaron a un culto religioso -nos contó Hernando-. El celebrante parecía acogedor, pero a poco de comenzar la ceremonia empezó a desesperarse porque había un niño que lloraba y metía bulla. Hasta que el hombre éste pidió a la madre que se retirara del templo con ese niño. La pobre mujer salió, humillada, y yo quedé molesto.

El sacerdote leyó la lectura sagrada: "El que recibe en mi nombre a un niño recibe también a aquel que me envió".

Los tres estallamos en risa. Es que resultó más divertido que trágico.

-Si los tres nos hemos juntado aquí, quiere decir que hemos llegado a destino.

-O sea que esa puerta angosta que estamos viendo ahí, es por donde tendremos que entrar.

-Entrar con actitud de niño.

Nos empezamos a acercar a esa puerta. Vemos que tiene tres candados.

Y nosotros tenemos tres llaves...

Este no es un lugar al que uno pueda entrar solo. Hay que venir con algien más..., y alguien más.

Aún no hemos intentado abrir, pero ya estamos dispuestos.